Carlos Rendón Bejarano

REPTILIA



Áurea Ediciones

© Carlos Rendón Bejarano
Sello: Nepenthe
Primera edición: Octubre 2023
© Reptilia
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Felipe Montecinos
Corrección de textos: Felie Reyes
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-55-6



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

I

El par de lagartos se incineraba en medio de la fogata. Sus dedos, ahora negros, estaban entrelazados pata con pata. A su alrededor, otros cientos sufrían el mismo destino, crepitando en la fogata a la mirada atenta de rostros que, iluminados por el fuego, dejaban entrever sonrisas cómplices al verlas arder. Era una noche fría en la Patagonia chilena. Era una noche caliente en el pueblo de San Millalobo.

Agitando el brazo para alejar las chispas de su chaleco de lana, Gabino miraba absorto la escena con sus ojos pardos y vivaces, pensando en que el solsticio de verano por fin había terminado y una friolera de doscientos cuarenta y tres lagartos ahora se volvían cenizas frente a sus ojos. Todavía era demasiado joven para saber si eso era bueno o malo, pero su mamá le había dicho que mientras más, mejor, ¿y qué argumentos tenía él para decir lo contrario? Si incluso había dado muerte a cinco de ellos.

Un hombre se paró del otro lado de la fogata, llamando la atención con los brazos extendidos hacia los lados.

—Este será un gran año. Uno de los mejores, sin duda alguna. ¡Gracias por ser parte de la caza y quema de este año! —sentenció por fin don Basileo, líder de la comunidad y actual alcalde del pueblo.

En San Millalobo existía una especie de plaga de lagartos desde los tiempos en que vivía el tatarabuelo de la mujer más anciana del pueblo, doña Yota. Todos los años, en la misma fecha, se tributaban los lagartos para un buen comienzo

del nuevo ciclo, pero no tardaban en salir de nuevo. Casi como si el fuego no los matara, sino que los regresaba a la tierra y volvían a salir de sus madrigueras al otro lado de la isla, intactos, apenas con la punta de la cola chamuscada. Gabino pensó en esa posibilidad mientras comenzaba a sonar la música del festival.

—¿Vamos a bailar? —lo interrumpió una joven a su lado, apenas un año mayor que él.

—Ni ahí —dijo Gabino—. ¿Te diste cuenta de que faltan lagartos?

—No sé, no me fijé, se prendieron hace rato. ¿Y qué importa el número de lagartos? Lo que importa es que haya, así funciona esta cuestión.

—Sí, pero… no, nada —dijo él mirando fijo la bola de fuego, luego se giró para mirarla a ella—. Bueno, vamos.

No había tantos jóvenes en la isla y eso llamaba la atención de los más ancianos. Se temía que hubiera una pandemia de infertilidad o que quizás la población, al estar tan entrelazada entre sí, se había vuelto genéticamente demasiado similar como para crear nueva vida. Corría el rumor de una mujer que había dado a luz a su propio abuelo, recientemente fallecido. Y, si bien había personas que llegaban a San Millalobo, prácticamente todas, producto de naufragios, no eran suficiente para revitalizar un gen gastado. Desde ahí que la población menor de edad en la isla no superara la veintena. No era de extrañar que entre todos se conocieran e hiciesen cosas juntos regularmente, tal como era el caso de Gabino y su mejor amiga, Ana. Ambos bailando alrededor de las llamas, levantando los brazos, girando sobre sí mismos con los ojos cerrados, con cuidado de no chocar uno contra el otro. Ana había cumplido recién los quince años y comenzaba a pensar en Gabino con mayor

frecuencia.

—¡Sin caerse! —gritó ella sin dejar de girar.

—¡Te gustaría! Si te caes es un año entero de mala suerte, ¿sabes?

—¡La única mala suerte es seguir en esta isla! —le gritó al joven, intentando derribarlo—. ¡El que se cae, se queda para siempre acá!

Ana sabía, o al menos creía con tanto fervor que se transformaba en conocimiento, que fuera de San Millalobo había cosas impresionantes. Su hermano, famoso por ser el único que había conseguido salir de la isla, le había hablado cuando aún era una niña de un mundo brillante y agitado, donde la gente se movía en botes con ruedas, hablaban entre sí, aunque estuviesen a kilómetros de distancia, y nadie conocía de esa isla perdida en el fin de los mares. No sin culpa, pensaba que quizás hubiera sido mejor que aquel festival fracasara y así, de una vez por todas, había una buena razón para que la gente abandonara San Millalobo.

Gabino era un bailarín nato, sus piernas se movían con la gracia de un hombre entrenado para moverse entre árboles, montañas y roqueríos por igual. Aun así, su mente estaba en otra y terminó tropezándose con uno de los palos que habían acumulado para hacer la fogata. Se fue de bruces hacia el fuego, pero Ana lo agarró del brazo justo a tiempo. Durante un segundo, ambos se miraron, sus ojos iluminados por un brillo carmesí y el rostro cubierto de sudor. A su alrededor los adultos seguían bailando con los ojos cerrados y girando sin parar. Olía a tierra y carne quemada. Ellos permanecieron así, estáticos en medio del carnaval, interrumpidos solo por un empujón que le dieron a Ana por la espalda y que los llevó a ambos a caerse, por suerte no contra el fuego. Rodaron por la tierra esquivando los pies

ciegos de quienes seguían bailando, mientras la causante del accidente los seguía de cerca, hasta que por fin estuvieron los tres fuera de la ronda.

—Perdón.

—No seas mala con Ten —dijo Gabino, sujetándose el hombro que había sufrido más daño con la caída—. Pensé que no ibas a venir.

—No iba a venir, porque no pude agarrar ni un solo lagarto —respondió la niña.

—Da lo mismo, yo agarré cinco, podemos decir que yo me quedo con dos y tú con tres —sugirió Gabino.

—¿En serio? —dijo Ten con los ojos brillantes, en parte por el brillo de la fogata, pero principalmente por la propuesta de su amigo.

—Obvio.

—Ya, basta —dijo Ana interrumpiéndoles—. Yo agarré cuatro, si quieres te doy los cuatro.

—¿O sea que agarré siete? —exclamó Ten—. ¡Sí! Es un número de buena suerte.

—Sí, ¿por qué no? —respondió Ana mientras terminaba de arreglarse la ropa, tratando de estirarse el poncho sin éxito.

Apartándose un poco de la dupla, Ana se sacó el poncho para verlo más de cerca, pues una textura rugosa le impedía ordenarlo como quería. Pasó sus dedos por la lana, desde el cuello hasta la caída, pasando por las costuras finamente tejidas. Y fue entonces que sus dedos se encontraron con una textura extraña adherida al poncho, como miel o sabia pegada. Incapaz de analizar la masa endurecida solo con el tacto, se acercó a la fogata con el poncho bien estirado en sus manos para ver, por fin, que el origen del problema era una textura escamosa que se había pegado a la prenda. Seguramente en medio de la caída había pasado a llevar

algún lagarto o algo por el estilo, lo que no sería tan raro realmente. Con cuidado, usando la uña, comenzó a descascarar el poncho, solo para darse cuenta de que, haciendo tal acto, el dedo había atravesado la tela y ahora su mejor prenda tenía un hoyo de tres centímetros, como si las escamas no se hubieran adherido a la tela, sino transformado en ella. A Ana se le paró el corazón por un instante.

—¡Oye, Ana! —la voz de Gabino la interrumpió—. Vamos a ver si podemos entrar a la iglesia aprovechando que el padre Lancao está borracho, ¿vienes?

—Sí, voy enseguida —dijo Ana imitando su mejor cara, poniéndose el poncho de tal manera que el hoyo pasara desapercibido.

Esa noche la mayoría de la isla no durmió y, dicen algunos, que tampoco la siguiente. La fiesta de la caza y quema ocurría solo una vez al año, y cada miembro de la comunidad se preparaba de la mejor forma posible para olvidar cualquier problema o diferencia que tuvieran para compartir y aportar a la ofrenda de lagartos, como lo hicieron antes sus padres y así mismo sus abuelos y bisabuelos. El viento frío de la Patagonia, apaciguado por la fogata, parecía inspeccionarlo todo a medida que la noche avanzaba. Vio a doña Yota metiendo la cabeza dentro un árbol en busca de nuevos ingredientes para sus pócimas, vio al padre Lancao arriba de la mesa haciendo como que jugaba a la rayuela, vio a don Basileo quemarse la boca intentando comer una lagartija achicharrada, y vio al trío de jóvenes escabullirse en la iglesia del pueblo y embriagarse con vino y licor de calafate. Desde ese día no volvieron a aparecer lagartos en San Millalobo.